

Ezequiel Ipar*

Capítulo 13

LA FORMA DE LAS FORMAS SOCIOLÓGICAS

AFINIDADES Y DIFERENCIAS ENTRE SIMMEL Y ADORNO

INTRODUCCIÓN

La relación de Adorno con la obra teórica de Simmel tiene dos caras. Por un lado, con el tiempo que nos separa de ambos, podemos ver con bastante claridad la silenciosa apropiación hermenéutica de muchos de los temas de Simmel en Adorno. Esta hermenéutica, que se realiza mediante silencios y alusiones sin nombres propios, es muy visible tanto en ciertos enfoques metodológicos de Adorno, como en su propia escritura teórica, que combina la filosofía y la literatura con estudios microsociológicos que pretenden resultar expresivos de un determinado presente histórico. Un trabajo como *Mínima Moralia*, central para la composición de problemas de filosofía moral con problemas de las ciencias sociales hacia el que siempre tendió Adorno, no habría sido posible sin el estilo de construcción teórica de Simmel. Sin embargo, la otra cara de la moneda es tal vez la más conocida: la crítica abierta por parte de una joven generación y el rechazo radical a los resultados que les dejaban como horizonte último la generación anterior de teóricos sociales, la que oficiaba a la vez como generación fundadora del espíritu de las ciencias sociales en Alemania y que se había comportado de modo ambiguo –para decirlo con mucha pru-

* Instituto de Investigaciones Gino Germani / Universidad de Buenos Aires / CONICET.

dencia— frente a las causas de las catástrofes de la guerra y el nacionalismo. En el transcurso de esta crítica, Adorno va a ser ambivalente o frontal, pero lo que es cierto es que en reiteradas oportunidades va a necesitar confrontar con la herencia científica y estilística de G. Simmel al momento de exponer algunos de sus conceptos fundamentales.

En los pocos pasajes en los que tiene que hacer explícita la relación que existe entre ambas caras de esta relación, esto es, entre aquella herencia conceptual que se debe rechazar y esa forma de hacer pensar a las formas de la sociología que deberíamos saber interpretar y recuperar para el proyecto de una teoría crítica de la sociedad, Adorno suele oponer, por un lado, las “intuiciones” históricas y los refinados análisis micro-lógicos de Simmel, que no lograría traspasar el otro lado de esta relación, la construcción de un sistema de conceptos cerrados que Adorno denominaba despectivamente, extendiendo de alguna manera el juicio de Hegel sobre Kant: *Formal Soziologie*. Esta última representaba para Adorno pura “metafísica social”, esto es, un pensamiento que termina siempre inclinado detrás de la postulación de invariantes sociales que hipostasian formas transhistóricas de socialización. Estas formas sociológicas son las que suprimen —para Adorno— la riqueza del material social previamente analizado micro-lógicamente a través de una mirada muy sensible para las diferencias históricas y culturales. Metafísica social significa luego, en el contexto de esta controversia, un pensamiento básicamente antidialéctico, es decir, un pensamiento que borra las opacidades y suprime las contradicciones internas que existen entre sus contenidos, para poder de ese modo completar las formas sociológicas que intentan dar cuenta de las formas sociales que se reproducen en las relaciones impersonales, los vínculos intersubjetivos y las instituciones que crean los hombres.

No pretendo discutir en esta oportunidad particular, si es que acaso se pudiera en alguna ocasión, la validez o la pertinencia de la crítica radical que Adorno le dirige, en términos globales, a la sociología de Simmel. No estoy seguro que se pueda poner a prueba, en el sentido amplio de esta palabra, la crítica frontal de Adorno contra la *Formal-soziologie* sin caer en exageraciones o controversias que sólo enfrentan paradigmas que no se tocan en ningún lugar. Lo que sí creo que se puede hacer, y voy a intentar desarrollar aquí brevemente, es elegir un concepto, en apariencia “formal y metafísico”, para examinar con algún detalle que es lo que sucede en esa relación que tanto le interesa a Adorno entre la pureza de las formas sociológicas y las contradicciones de las formaciones histórico-sociales. Para esta ocasión voy a elegir, por motivos que espero queden claros en mi exposición, el concepto de *lucha* (*Streit/Kampf*).

FILOSOFÍA MORAL Y SOCIOLOGÍA CRÍTICA

A penas uno avanza en el análisis del concepto de “lucha”, contenido en la gran obra que Simmel le dedica a las formas de socialización que deberían hacer posible una ciencia de la sociedad (Simmel, 1939), aparecen las diferencias con Adorno tanto por el tratamiento que recibe este concepto, como por el lugar que ocupa el mismo en la intersección entre filosofía y sociología. De hecho, en el análisis de este concepto Adorno va a encontrar la debilidad más grave de la sociología del espíritu de Simmel, esto es, la falta de un tratamiento crítico de las implicancias éticas que se ponen en juego en todos los conceptos de la sociología. Esta debilidad se vuelve muy evidente en el concepto de lucha, puesto que este concepto envuelve irremediamente una consideración sobre el contenido de las distintas luchas sociales de la que no puede eximirse el científico de la sociedad. Para Adorno, Simmel se limita a analizar con minuciosidad la enorme multiplicidad de formas de lucha que pueden existir en la vida social, así como la extraña o paradójica unidad que estas luchas producen por encima de las intenciones de los individuos que participan en ellas, pero no se hace nunca la pregunta por las implicancias éticas o la racionalidad de las motivaciones que empujan reiteradamente en la historia hacia todas esas formas de lucha entre los hombres. Como un observador distanciado que no participa en las tragedias de los otros, Simmel se comporta frente a las luchas sociales con la curiosidad del etnógrafo, que escribe un testimonio que no tiene ninguna consecuencia para los implicados, y la frialdad del zoólogo, que clasifica los conflictos en un inventario tan infinito como inútil.

Esta ausencia del momento crítico en la reflexión del concepto de lucha es la que lo empuja a Simmel a un formalismo sociológico vacío, puesto que es la ausencia del drama de la historia la que permite descifrar el contenido del concepto de lucha a partir de lo que Adorno denominaba un “dinamismo abstracto”. A su vez, este dinamismo abstracto termina dándole forma a un extraño funcionalismo, que le asigna a las tragedias y las desventuras de hombres un papel positivo en los procesos de socialización, como lo sugerían las tesis sobre la *destrucción económicamente creativa* que produce la competencia en el mercado o la intuición sobre la función facilitadora y apaciguadora de los contactos sociales de las grandes ciudades que provee la *aversión al otro*. Para Adorno, lo que Simmel muestra en el concepto abstracto de lucha no es más que el hecho de que en toda lucha social se da una cierta procesualidad de esa lucha, que produce junto con sus momentos negativos siempre algún resultado “positivo”. Este resultado sería para Simmel el verdadero objeto de las formas de la sociología.

Pero salta a la vista que muchas de las hipótesis apresuradas que Simmel construyó con este concepto vacío de lucha fueron efectivamente desmentidas por los acontecimientos trágicos del siglo XX. En la serie de estas hipótesis desgraciadas se encuentra, sin duda, en primer lugar la predicción que Simmel estableció sobre las consecuencias de las luchas modernas que no enfrentaban ahora a sujetos, grupos, culturas o clases, sino a “organizaciones unitarias” o Estados modernos. Según esta predicción este tipo de *organización de la lucha* produciría un apaciguamiento o una mayor racionalidad de las luchas humanas, que serían otros de los corolarios tecnológicamente adquiridos de la modernización social. La predicción de Simmel establecía lo siguiente:

De la misma manera una guerra entre Estados modernos, por destructora y cara que resulte, ofrece un balance más favorable que las incontables pequeñas luchas y rozamientos en los períodos en que los gobiernos estaban menos centralizados. [...] La desventaja que significa para una parte la organización unitaria de la otra -en cuanto que para ésta es una ventaja- resulta compensada con creces, en estos casos, porque gracias a la organización unitaria, la lucha es para ambas partes más concentrada y abarcable; y es también más segura una paz efectiva y general. (Simmel, 1939: 304-305)

Parodiando un poco el espíritu del concepto de Simmel, Adorno se refiere a la interpretación general de esta procesualidad de la lucha como el intento por encontrar la *función de la disfunción*, que en su construcción interna deja sintomáticamente de lado el análisis del sufrimiento de los participantes. De este modo, lo negativo “representa un papel absolutamente positivo, allende los destrozos que haya podido ocasionar en la esfera de las relaciones individuales” (Simmel, 1939: 250). La conclusión preliminar de esta controversia que apenas estoy glosando es muy evidente: Simmel sacrifica en el altar de la forma sociológica de la lucha el variado material histórico y cultural que somete al análisis, adoptando así el papel de un observador externo para el cual las formaciones trágicas que se ponen de manifiesto en las luchas sociales concretas no afectan en nada el trabajo de las formas de los conceptos de la sociología.

CONTRA EL PENSAMIENTO IDENTIFICADOR

Ahora bien, el propio Adorno no escapo a estos dilemas de la *forma de las formas sociológicas*. Al momento de pensar el lugar y el contenido determinado de las luchas sociales su pensamiento también se vuelve errático. Constatar esta opacidad, que se revierte sobre aquel que hace las veces de crítico externo de todo formalismo, nos per-

mite retomar desde otro lugar la relación entre Simmel y Adorno, haciendo surgir ahora una segunda interpretación, que reconstruye un paralelismo que puede observarse entre ambos al momento de trabajar con el problema de lo que está implicado en el concepto *lucha social*. Lo que vamos a hacer, en esta segunda reflexión, es poner ahora la atención no en las diferencias, sino en las afinidades que existen en el modo como el concepto de *lucha* afecta al concepto de *forma* en la sociología de Simmel, y el modo como el concepto de *antagonismo* afecta al concepto de *modelo* en la *Dialéctica negativa*. Ya no estamos sugiriendo que exista un mismo tratamiento del problema de las luchas sociales, ni que pueda sintetizarse la prolífica y minuciosa hermenéutica de Simmel con la estilización de la teoría crítica que llevó a cabo Adorno. Lo que estamos sugiriendo es que el contenido de este concepto afectó a ambos pensamientos en el cruce exacto que ambos ensayaron entre filosofía y sociología, y es esa afección la que pretendemos interpretar aquí, al menos de modo exploratorio y preliminar.

Podemos encontrar buenos indicios de la posición de Adorno sobre este asunto en el final programático que escribió para *Mínima Moralia*. Allí aparece la relación inmanente que propone entre las condiciones epistemológicas y las condiciones éticas que son necesarias para comprender las luchas sociales desde una perspectiva crítica:

El único modo que aún le queda a la filosofía de responsabilizarse a la vista de la desesperación es intentar ver las cosas tal como aparecen desde la perspectiva de la redención. El conocimiento no tiene otra luz iluminadora del mundo que la que arroja la idea de redención: todo lo demás se agota en reconstrucciones y se reduce a mera técnica. (Adorno, 1999: 250)

Esta relación interna entre la sensibilidad que exige la lectura crítica de la realidad social y la potencia que aporta la idea de redención trae aparejados grandes desafíos para la forma de esos conceptos que han de ser utilizados en los distintas esferas de interés de las ciencias humanas y sociales:

Es preciso fijar perspectivas en la que el mundo aparezca trastocado, enajenado, mostrando sus grietas y desgarros, menesteroso y deforme en el grado en que aparece bajo la luz mesiánica. Situarse en tales perspectivas sin arbitrariedad ni violencia, desde el contacto con los objetos, sólo le es dado al pensamiento. (Adorno, 1999: 250)

Este forzamiento, este pasaje y esta apertura de los conceptos en el pensamiento es para Adorno, al mismo tiempo, lo más sencillo, “por-

que la situación incita perentoriamente a tal conocimiento” y lo absolutamente imposible, “porque presupone una ubicación fuera del círculo mágico de la existencia” (Adorno, 1999: 250). En esta doble condición, entre lo más sencillo y lo absolutamente imposible, las formas del conocimiento de lo social se modifican a partir de la presión que ejercen sobre ellas el contenido de las luchas sociales que poseen una pulsión emancipadora. Pensar esas luchas exige, entonces, enfocar los conceptos de modo que éstos puedan volverse una expresión verdadera del sufrimiento social que surge en la mayoría de las formas de lucha de los diferentes procesos de socialización. Pero esto sólo se puede conseguir, en la interpretación de Adorno, desmitologizando al concepto, yendo más allá de lo que impone la razón identificadora o, en los términos que aparecen en la *Dialéctica Negativa*: “penetrando con conceptos lo que no es conceptual”, sin acomodar esto último a los conceptos (Adorno, 1989: 18).

A su vez, esta aporía en las formas sociológicas, que genera el contenido de las luchas sociales cuando queremos conocerlas con los rudimentos y las esquematizaciones de nuestra razón identificadora, justifica la negatividad del pensamiento que resiste a la forma. Finalmente, “la contradicción inmanente de lo que hay que conocer, los antagonismos del objeto, hacen insostenible el ideal positivista del conocimiento basado en modelos en sí unívocos y sin contradicción, lógicamente intachables”. Para Adorno resulta evidente entonces que estas aporías que aparecen en el objeto de las formas sociológicas expresan, cuando están bien logradas, “los antagonismos que existen en la sociedad” (Adorno, 1989: 312). Interpretados desde el punto de vista de una emancipación posible, esos antagonismos sociales llevan a un movimiento aporético a las formas sociológicas que pretenden conocerlos, porque no se puede obtener de ellos un sentido positivo pleno, esto es, ni un sentido que resulte trascendente en relación a los intereses de los participantes; ni una racionalidad oculta que estaría trabajando secretamente en la dinámica de las luchas sociales. Lo que las formas sociológicas críticas pueden hacer cuando pueden hacer en ellas mismas la experiencia (imposible) de su constitución aporética es darle expresión a la oclusión del sentido que se manifiesta en esas luchas, que son también luchas contra el funcionamiento normal y los pre-requisitos intelectuales de la razón identificadora.

Esta idea, por cierto, no era extraña para el pensamiento de Simmel. Junto con su conceptualización formalista y positiva de los tipos y modos de la lucha, desarrolló con gran sensibilidad un análisis de lo que le sucede a las formas sociológicas cuando tienen que atravesar todo lo que se pone en juego en las luchas sociales. Esta afectación

tiene varias causas y múltiples implicancias, pero tal vez la primera de ellas es la afectación del elemento unitario del concepto: unidad del objeto de conocimiento, unidad de las formas de nuestro entendimiento y unidad de los procedimientos a través de los cuales realizamos la actividad de la comprensión. Todo esto queda afectado en el problema que impone el concepto de lucha, tanto por la densidad histórica que se sedimenta en ese concepto de manera quebradiza, como por lo inarticulable de las intuiciones inmediatas que nos ofrecen las luchas actuales en cada rincón de la experiencia:

La esencia del alma humana no consiente en dejarse ligar por un hilo sólo, aunque el análisis científico haya de detenerse en las unidades elementales y su potencia específico de unión. Es más, acaso este análisis [refiriéndose a su propia taxonomía] no sea sino una actividad subjetiva. Acaso las asociaciones entre los elementos individuales (en lucha) sean en efecto unitarias, pero resultando esta unidad inconcebible para nuestro entendimiento -unidad mística, que se nos presenta con máxima fuerza precisamente en las relaciones más ricas y más cargadas de elementos variados, no nos queda otro recurso que representarlas como la cooperación de una pluralidad de energías asociadas. (Simmel, 1939: 253)

El problema de los modos de conseguir la unidad en los procesos de socialización está, evidentemente, soldado al problema de la unidad interna de las formas sociológicas. Pero las luchas sociales nos obligan a modificar todas las concepciones simples de la unidad, que la piensan ya sea como coincidencia de valores y/o coordinación de intereses. También para Simmel las luchas sociales rompen la unidad de la forma de las formas sociológicas, pero él lo hace siguiendo una intuición diferente a la de Adorno: la de la infinita diferenciación (de elementos, motivos, causas, trayectorias individuales, personalidades, etc.) y la incomprensible unidad que se expresan en cada lucha. Por la economía interna de sus propias representaciones, las formas sociológicas tradicionales tienden a reducir esa diferenciación infinita y a volver simplemente comprensible, esto es, dotado de un sentido unificado, aquello que no lo tiene. Confunden así la identidad de lo que se puede discernir en los modos muy diferenciados de las luchas sociales, con la identidad real de los individuos, los motivos, los deseos y, fundamentalmente, las relaciones que se crean al interior de ellas.

Como a Simmel le interesa forzar las formas sociológicas a partir de una cierta experiencia de lo absurdo, de la intensificación de la repetición y de las síntesis paradójicas que producen las luchas en la sociedad, su crítica a la razón identificadora es en rea-

lidad una crítica al principio de la identidad de los indiscernibles, la afirmación de la no-identidad de los indiscernibles que se ponen en juego en las luchas. Comentando el carácter aparentemente insignificante de lo que puede desatar una lucha directa, Simmel reconoce una especie de “instinto de lucha *a priori*”, que es capaz de desatar las luchas más serias a partir de los motivos más ridículos y nimios: “Un historiador inglés refiere que no hace mucho tiempo dos partidos irlandeses habían ensangrentado al país a consecuencia de una enemistad que surgió por una disputa sobre el color de una vaca [...]” (Simmel, 1939: 260).

Su postulado, anti-leibniziano en este punto, dice así: no todo lo que discernimos como teniendo idénticas propiedades en una lucha social es realmente idéntico en su dinámica histórica e interpersonal. Este postulado, que no muestra sólo un límite de nuestro entendimiento, sino que señala o expresa la propiedad más auténtica de las luchas, es el que subvierte la forma de las formas sociológicas. Esta no-identidad nos ofrece una y otra vez la impresión de que “en general, los hombres no se han amado nunca por motivos tan fútiles como los que les llevan a odiarse” (Simmel, 1939: 260).

Pero tal vez nos equivocariámos, junto con Adorno, si concluimos que Simmel explora esta no-identidad que se hace manifiesta en las luchas sociales desde la indiferencia o el cinismo. La repetición, lo absurdo, el sinsentido o el fuera del sentido que aparece en muchas formas de las “unificaciones” conflictivas es también siempre diferente y por eso en esas síntesis paradójicas que crean las diferentes constelaciones de luchas sociales muestran posibilidades objetivas para la libertad. Simmel destaca, en este segundo plano de su forzamiento de las formas de la sociología, el papel de lo extraño, de lo incomprensible en los extraños conflictos que tenemos que comprender. Este papel no es ya el de la *función de la disfunción*, sino el de la extrañeza de la libertad que experimentamos cuando luchamos.

Con esta referencia a la relación entre lucha y libertad, que no tiene como horizonte la noción de destrucción creativa y no supone la indiferencia ética que mostraba la taxonomía de los momentos positivos de las tragedias humanas, indagamos una relación inmanente en el concepto de lucha que surge en el cruce de la reflexión filosófica y la construcción de las formas de la sociología. En este caso, la interferencia que el contenido del concepto de lucha introduce en las formas de la sociología es doble: la obliga a pensar a la libertad como concepto adherido internamente a todo lo que emerge en la historia como luchas sociales y muestra la libertad que requiere la formación de los conceptos de la ciencia de

la sociedad. En este cruce entre libertad y lucha, filosofía y sociología, identidad y no-identidad en los conceptos, aparece un nuevo horizonte para pensar la relación entre Simmel y Adorno, y, en esa senda, la potencialidad y la vigencia de Simmel para una teoría crítica de la sociedad.

REFERENCIAS

Adorno, Th. (1989). *Dialéctica Negativa*. Madrid: Taurus.

Adorno, Th. (1999). *Mínima Moralia*. Madrid: Taurus.

Simmel, G. (1939). La lucha. En *Sociología, estudios sobre las formas de socialización*. Trad. J. Pérez Bances. Buenos Aires: Espasa-Calpe.